

S. M. EL ERROR

HACE ya bastante tiempo que me tiene pre-ocupado, —por lo que posee de negativa—, una convicción: la de que el hombre no vale ni se impone por sus propios medios o capacidad sino por el error que cometen los demás. Seríamos así una especie de pichuleros, de pescadores de río revuelto, de contragolpeadores. En el fútbol es común explicarlo todo por ese razonamiento. El error estuvo en no tirar al arco —nos decimos— o en no darle juego a las puntas o en jugar demasiado adelantados los backs. Fuera del fútbol ocurre lo mismo. El error de Hitler fué atacar a Rusia; el de las naciones democráticas fué Munich; el error de Japón fué Pearl Harbor, en fin. Y esto nos deja pensando qué sería del hombre, de la especie, del universo, si nadie se equivocara nunca.

Entonces hay que decir que felizmente todos los grandes cerebros, las grandes colectividades, tienen un error que permite vivir a los demás.

En esta forma me concreta su opinión mi buen amigo Vidalita, —hinchado de “los tuer-tos”—, haciéndome bailar, nervioso, la cucharita del té. Es un muchacho que estimo y por ello, quizás, estoy predispuesto a encontrarlo razonable. Además, sé positivamente que estamos a la recíproca. Me ha dado pruebas y la estima es fácil de identificar. Se traduce por lo común en obsequio, en agasajos. Estoy seguro que si tuviera plata se la gastaría conmigo y si fuera pintor me regalaría un cuadro. Pero era boxeador y entonces me obsequiaba con su arte para tenerme contento. Y así, apenas aparecía el sujeto apropiado le gritaba en la cara “Defensor para todo el mundo!” y ahí no más le encajaba un taponazo en la nariz. Esto, sin embargo, con ser bastante

agitado no era lo más comprometedor. Lo malo era que a veces en un impulso de generosidad quería hacerme participar activamente en la fiesta, desdeñaba divertirse él solo y entonces se armaba de equipo a equipo. Y regresábamos de la orgia todos enamorados, sudando, pero satisfechos, quizás contentos. Como si hubiéramos cumplido con un deber. O tal vez por haber salido con vida. Eso era, seguramente, lo que había fortalecido nuestra amistad.

Ahora Vidalita estaba furioso. A pesar de su teoría tan interesante sobre el error. Se le veía en la cara. Pero lo más atrayente era el aspecto que tomaba su gesto agrio, burlonamente reflejado en la panza combada y bruni-da de la tetera de níquel. Como esos espejos que hay en Villa Dolores. Aproximando la cara aparecían unos labios exageradamente gruesos y oscuros, como dos mortillas encendidas, la nariz plana, los ojos saltones. Echando un poco atrás la cabeza se le alargaba en una punta, igual que un coco peludo, y se adelantaban a un primer plano los agujeros de la nariz, abiertos, oscuros, misteriosos como dos túneles. El entrenamiento

le seducía e irguióse un poco para verse así. Ahora le sobresalía el pecho, pujante y agresivo como si fuera a decir un discurso, en tanto la cabeza le quedaba pequeña, allá arriba, de la misma manera que un jarrito japonés encima de un piano. Entonces Vidalita lanzó por la nariz un bufido que hizo volar las cenizas de sobre la mesa, tuvo una sonrisa despectiva y dijo:

—Con esta cara ya no puedo tener razón. Ahí está: el error mío fué sentarme frente a esta tetera...

★ Crónicas de la CIUDAD ★ POR EL HACHERO



—¿De qué eran los sandwiches: de queso o de jamón?

—No sé. Tenían gusto a goma.

—Entonces eran de jamón. Los de queso tienen gusto a madera.

EL HACHERO